

FIESTA DE LA SAGRADA FAMILIA
Homilía del P. Carles M. Gri, monje de Montserrat
28 de diciembre de 2008

Queridos hermanos, queridas hermanas: hoy, celebramos la fiesta de la Sagrada Familia. El Dios viviente y verdadero es Uno y Trino. Es vida, conocimiento y amor. El hombre creado a su imagen y a su semejanza también tiene que vivir en un clima de relación amorosa y fraterna. Por eso, la Iglesia, en este marco de Navidad, nos presenta el ejemplo de la familia de Nazaret. Jesús, María y José forman una comunidad de vida, de luz y de amor, que tiene que ser el modelo de toda familia cristiana.

El centro de la familia de Nazaret es el Señor, el Dios de Israel. Todo es visto y vivido a la luz de su palabra: la presentación en el Templo, la purificación de María, la huida en Egipto, el retorno del exilio, la pérdida del Niño, la futura misión evangelizadora y redentora del Hijo ... Todos estos acontecimientos son vividos a un nivel profundo de obediencia confiada y fiel al Señor, que dirige sus pasos por los caminos misteriosos de su voluntad de salvación.

Este arraigo en Dios hace que la caridad reine en los corazones, en las palabras, en las acciones y en las obras de esta familia sencilla y humilde que no se distingue de las otras, sino es por la simplicidad y nitidez con que recibe y da la luz divina en el concreto, y quizás banal, vivir de cada día y de cada instante.

Cuando Jesús nos hablará de unidad eclesial, religada por el Espíritu de amor, no nos querrá decir nada distinto de lo que él ha vivido en el largo y silencioso arco de tiempo de su vida escondida en el hogar de Nazaret. Todo lo que es y tiene que ser la Iglesia lo vemos, pues, dibujado eminentemente en las relaciones de gran cariño, que unen los miembros de la Sagrada Familia.

Así, pues, toda familia, toda comunidad cristiana, tendrá que ponerse en la escuela de Nazaret. Aquí, podrá contemplar y aprender lo que es la abnegación generosa, la paciencia comprensiva, la alegría del sacrificio, el amor sereno, verdadero y oblativo. Aquí, aprenderá que la unidad y la comunión tienen por fundamento y constructor al mismo Dios. Por eso, toda familia, sólidamente fundamentada, será una familia orante, abierta a la gracia, que va edificando a los miembros para convertirlos *en un solo corazón y una sola alma*, de cara a la formación del Cristo total, que es la Iglesia.

Hoy, un poco como siempre, el egoísmo, cerrado y mezquino, inspirado por ciertas corrientes oscuras, ataca de manera corrosiva el tejido familiar y eclesial. En la medida en que este intento negativo tiene éxito, la sociedad y la Iglesia enferman. Hoy, pues, es un día propicio de plegaria en favor de la comunión y de la unidad. Pidámoslo con fe viva, porque el ejemplo de unas familias y de unas comunidades cristianas, unidas y vivificadas por el amor, es uno de los mejores servicios que podemos ofrecer a los hombres de nuestro tiempo. ¡Así sea!